



Tiempo de lluvias y soles

Liliana Alicia González



Dentro de una casa está lloviendo.

Sí, sí... lo veo desde aquí afuera. Yo estoy en la vereda, hay un día de sol radiante y me pregunto por qué será. Me acerco sin pensarlo mucho, toco el timbre. La lluvia cesa, se escuchan pasos arrastrados, no hay taconeo. Mientras yo espero del lado de afuera, del lado del sol.

Abre la puerta una mujer de unos 30 años, ni gorda ni flaca, y detrás de sus ojos hinchados de llorar, se vislumbra una bonita mujer. Me dijo: "¡Buenos días!", tratando de disimular su angustia. "¿Qué necesita?". Yo me limité a presentarme: "Soy Mónica" y brevemente le expliqué lo que tanto me había extrañado. Ella, que resultó llamarse Eloísa, según me comentó, me miró con cara de pensar que yo estaba loca o algo así, y me dijo que estaba equivocada. Me disculpé y me fui, pero igual seguí pensando. Eloísa se había quedado sola, sola y pensando, porque no sabía qué había hecho mal, si solo se había dedicado a amar a ese hombre que la había abandonado.

Pensaba y pensaba, hasta que recordó esa vez que había llegado a su casa esa tal Mónica, y le había dicho esa ridiculez de la lluvia dentro de su casa. Eloísa no podía creerle a esa demente, pero se dio cuenta que había logrado no pensar en él por un momento.

Ni siquiera se percató que otra vez tocaban a su puerta, esta vez era la mamá de una compañerita de Rita, su hija de 7 años, que la traía de la escuela. Hasta eso, se había olvidado de su hija, y empezó a tratar de juntar palabras y fuerzas para decirle que su papá se había ido para siempre. Y volvieron a rodar lágrimas por sus mejillas.

Almorzaron tranquilas, comieron un churrasco con tomate. Eloísa pensaba entonces, hasta cuándo le alcanzarían los pesos que él le había dejado.

Lavó los platos, mientras Rita miraba la tele, y así como si nada, le dice a su mamá: "Espero que papá me traiga la nueva revista de Floricienta". Casi se le cae el plato de las manos, balbuceó una respuesta que sus oídos no escucharon, pero Rita se quedó mirando unos dibujitos de princesitas. Eloísa sonrió y pensó que hubiera sido

bueno vivir una vida de princesas juntos los tres, pero eso solo pasa en los cuentos, en las pelis, no en la vida real.

Los días iban pasando lentamente y las preguntas de Rita eran recurrentes, porque de pronto había dejado de ver a su papá. Nada más difícil que decirles a los hijos que papá no va a venir nunca más. Un día, su hija le preguntó si su papá se había muerto, Eloísa horrorizada le dijo que no, que su papá se había ido a vivir a otro lado, porque el nuevo trabajo le quedaba lejos de casa. Fue lo primero que se le ocurrió, pareció funcionar, al menos fue lo que creyó Eloísa.

Los días pasaron, Rita otra vez salió a la carga con preguntas para su mamá y esta vez se sintió como un puñal entrando en su corazón "¿Papá está tan lejos que no puede venir a visitarme?". Entonces Eloísa, con puñal y todo, se sentó a hablar con su hija, esperando que no sufriera mucho.

Ella miró fijamente a su mamá, en un gesto de madurez, la abrazó consolándola, y le dijo "todo va a estar bien". Su hija la acurrucaba entre sus brazos y la mecía como si fuera una bebé. Todos los días seguía lloviendo en su casa, solo salía el sol cuando estaba con su hija.

En su puerta apareció la mamá de la amiguita de Rita, pidió entrar a su casa y le contó que Rita le había dicho lo que había pasado con su papá. También le dijo que si necesitaba algo, ella estaba allí para ayudarla. Eloísa se acordó entonces de que en una época había tenido amigas y amigos. ¿Dónde estaban ahora? Recordó que se había ido distanciando cuando formó pareja con el papá de Rita. Aceptó la ayuda de Mirta, mamá de la amiguita de Rita.

Se encontró pensando y preguntándose qué haría entonces. Y volvieron de apoco las mañanas ocupadas, arreglarse de nuevo, ir a buscar trabajo, poder ser de ahora en más la proveedora. Se acordó de sus días jóvenes, cuando iba a la facu, cuando estudiaba profesorado en letras, cuando quería dar clases a los adolescentes, cuando quería vivir diferente... por un momento cerró los ojos y cuando los abrió de nuevo, se dio cuenta que había vuelto la fe en ella misma. Fue de a poquito

trabajando, primero en una zapatería, después llegó a ser secretaria de una obra social, después daba clases de apoyo en su casa. Todo lo que hacía lo intercalaba con juegos con Rita; al principio la prioridad fue su hija, después se dio cuenta que la persona más importante en su vida era ella misma. Entonces se empezó a amar como antes, se sintió bien y libre, libre de sus actos, libre como Frozen, diría Rita.

Pasó un año, su hija ya tenía 8 años y sacando cuentas Eloísa decidió retomar la facultad, de a poco, sin prisa. Se sentía con chispitas de felicidad.

Poco a poco, también se dio cuenta que dejó de pensar en él y volvió a sonreír.

Una mañana había tormenta, llovía mucho. Eloísa no fue a clases, ni tampoco Rita fue a la escuela; ambas habían decidido quedarse remoloneando en la cama, viendo la tele y comiendo las galletitas que más les gustaban.

Tocaron a la puerta, Eloísa fue a atender y cuando la abrió, estaba yo parada frente a ella. Sí era aquella mujer, Mónica toda empapada. Le dije: "Esta vez llueve en la calle y el sol brilla con tanta intensidad sobre tu casa". Eloísa me miró con cariño, me hizo entrar, me abrazó y nos pusimos a tomar mate y a charlar como viejas amigas.